

## El imposible antisemitismo <sup>(1)</sup>

Por Jacques Maritain

Tradujo:  
TOMAS LOMBO

Acometer el estudio de los orígenes y modalidades del antisemitismo sería tanto como afrontar en su integridad el problema de la dispersión de Israel. Habría lugar a demostrar cómo, cualesquiera que sean las formas que exteriormente revista, sean ellas económicas, políticas o culturales, tal problema ha sido, y lo será siempre, un problema de orden sagrado, cuyos elementos principales nos descubre en sublime síntesis San Pablo en los capítulos IX, X y XI de su epístola a los Romanos:

“Qué diremos sino que los Gentiles que no seguían la Justicia, han abrazado la Justicia, aquella Justicia que viene de la fe; y que, al contrario, los Israelitas que seguían la ley de la Justicia, no han llegado a la ley de la Justicia. ¿Y por qué causa? Porque no la buscaron por la fe sino por las solas obras de la ley; y tropezaron en piedra de escándalo, según aquello que está escrito: *Mirad que yo voy a poner en Sion una piedra de tropiezo y piedra de escándalo; pero cuantos creerán en El, no quedarán confundidos...*

“Mas digo yo: ¿Será que Israel no lo ha entendido? Moisés es el primero en decir a nombre de Dios: *Yo he de provocar a celos por un pueblo que no es pueblo mío; y haré que una nación insensata venga a ser el objeto de vuestra indignación.* Isaías levanta la voz, y dice: *Halláronme los que no me buscaban; descubríme claramente a los que no preguntaban por mí.* Y, al contrario, dice a Israel: *Todo el día tuve mis manos extendidas a ese pueblo incrédulo y rebelde...*

(1). Es nuestro propósito desarrollar luego con mayor amplitud las presentes consideraciones sobre el enigma de Israel. Por el momento se ha limitado nuestro intento a hacer un ligero esbozo en que, no obstante sus inevitables vacíos, sea posible fijar la orientación en que deben hacerse las investigaciones en esta materia.—Nota del autor.

“Y yo pregunto: ¿Los Judíos están caídos para no levantarse ya más? No por cierto. Pero su caída ha venido a ser salud para los Gentiles, a fin de que el ejemplo de los Gentiles les excite la emulación para imitar su fe. Que si su delito ha venido a ser la riqueza del mundo, y *el menoscabo de ellos el tesoro de las naciones*, ¿cuánto más lo será su plenitud? Con vosotros hablo, ¡oh Gentiles!, ya que soy el apóstol de las gentes, he de honrar mi ministerio, para ver también si de algún modo puedo provocar a una santa emulación a los de mi linaje, y logro la salvación de algunos de ellos. Porque si el haber sido los míos desechados ha sido ocasión de la reconciliación del mundo: ¿Qué será su restablecimiento o conversión, sino restauración de muerte a vida? Porque si las primicias de los judíos son santas, lo es también la masa; y si es santa la raíz, también las ramas. Que si algunas de las ramas han sido cortadas, y si tú, oh pueblo gentil!, que no eres más que un acebuche, has sido injertado en lugar de ellas, y hecho participante de la savia que sube da la raíz del olivo, no tienes de qué gloriarte contra las ramas. Y si te glorías, sábetete que no sustentas tú la raíz, sino la raíz a ti. Pero las ramas, dirás tú, han sido cortadas para ser yo ingerido. Bien está: por su incredulidad fueron cortadas. Tú empero estás firme por la fe; mas no te engrías, antes bien vive con temor. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, debes temer que ni a ti tampoco te perdonará. Considéra, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad para con aquellos que cayeron, y la bondad de Dios para contigo, si perseverares en el estado en que su bondad te ha puesto; de lo contrario tú también serás cortado. Y todavía ellos mismos, si no permanecieren en la incredulidad, serán otra vez unidos a su tronco, pues poderoso es Dios para ingerirlos de nuevo. Porque si tú fuiste cortado del acebuche, que es tu tronco natural, e ingerido contra natura en la oliva castiza, ¿con cuánto mayor razón serán injertadas en su propio tronco las ramas naturales del mismo olivo?

“Por tanto, no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, a fin de que no tengáis sentimientos presuntuosos de vosotros mismos. Y es que una parte de Israel ha caído en la obcecación, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado. Entonces salvarse ha todo Israel, según está escrito: *Saldrá de Sion el libertador que desterrará de Jacob la impiedad; y entonces tendrá efecto la alianza que he hecho con ellos, en habiendo yo borrado sus pecados.* Es verdad que en orden al evangelio, son enemigos de Dios por ocasión de vosotros: mas con respecto a la elección de Dios son muy amados por causa de sus padres los patriarcas. Pues los dones y vocación

de Dios son inmutables. Pues así como en otro tiempo vosotros no creíais en Dios, y al presente habéis alcanzado misericordia por ocasión de la incredulidad de los judíos; así también los judíos están al presente sumergidos en la incredulidad para dar lugar a la misericordia que vosotros habéis alcanzado, a fin de que a su tiempo consigan también ellos misericordia. El hecho es que Dios permitió que todas las gentes quedasen envueltas en la incredulidad, para ejercitar su misericordia con todos" (1).

\* \* \*

Los pudíos no forman una "raza", en el sentido biológico de la palabra, ya que, como bien se sabe, en el estado actual de la humanidad no existen grupos humanos de alguna consideración cuya sangre se haya mantenido pura: ni aún aquellos que han gozado, a este respecto, de las circunstancias más favorables. Pues los Judíos, lejos de constituir una excepción, han tenido, a través de la historia, al igual que todos los grupos humanos, considerables mezclas de sangre y entrecruzamientos étnicos. En el sentido ético-histórico de la palabra, esto es, como significativa principalmente de *una comunidad de estructuras mentales y morales, de experiencia ancestral, de tradiciones y de deseos*, en la cual la fuerza de la herencia, la calidad de la sangre, el tipo somático vienen a representar un papel de mayor o menor importancia, aunque siempre como simples bases materiales, los Judíos forman una "raza", como también la forman los iberos o los bretones. Pero los Judíos son algo más que una raza.

Tampoco forman los Judíos una "nación", si por ello entendemos una comunidad que, reconociendo un mismo origen o un mismo nacimiento (raza o conjunto de razas históricamente ligadas en el sentido ético-histórico de la palabra), *lleva o tiende a llevar una misma vida política*. El Yidish no reúne los caracteres de una lengua nacional (2): es la lengua de la dispersión y del infortunio, es la lengua de la ciudad santa que anda ahora hecha jirones por el mundo y es hollada por

(1) San Pablo, **Ep. a los Romanos**. Cap. IX, V, XI. Cf. el notable comentario de Erik PETERSON: **El Misterio de los Judíos y de los Gentiles en la Iglesia**, París, Desclée de Brouwer, les Iles.

(2) Se la podría calificar de lengua nacional, pero no en el sentido en que generalmente se le toma, en algunos países, al igual que el Judeo-Español, como criterio distintivo de nacionalidad judía; se sabe que su formación se llevó a cabo en la Alemania meridional y en la central a partir del siglo XII.

las naciones. El hecho singular y especialísimo de que unos cuantos Judíos, alrededor de 370.000, formen actualmente nación en Palestina, con una lengua propia, el Hebreo, nos está atestiguando que los demás judíos regados por el mundo, alrededor de 16 millones, no constituyen una nación.

Por otra parte, los Judíos del rincón de Palestina no forman simplemente una nación, sino que tienden a constituirse en un "todo" político perfecto, en un Estado, al paso que la gran mayoría de Israel obedecía a un ley enteramente distinta, que le aparta a todo trance de constituirse en ciudad temporal. Por una vocación fundamental, como por su misma esencia, Israel siente repugnancia, al menos mientras no haya cumplido su misteriosa misión histórica, por constituirse en nación, y mucho más aún por convertirse en un Estado. La dura ley del exilio, o del Galuth, quiebra en él toda aspiración al convivium político.

Los Judíos no son un "pueblo", si con esta palabra se quiere indicar simplemente una multitud reunida en un área geográfica determinada y que *puebla* una región cierta de la tierra (*Daseinsgemeinschaft*); tampoco lo serán, si se la emplea como sinónimo de "nación". Pero si "Pueblo" quiere decir "Raza" en el sentido ético-histórico de la palabra, los Judíos son un pueblo, y algo más que un pueblo. Porque comunidad histórica tienen, caracterizada no ya por el simple hecho de llevar una misma vida política, sino por el hecho de ser alimentados por una misma tradición espiritual y moral y por el hecho de corresponder a una idéntica vocación. En este sentido los Judíos son un pueblo, el pueblo por excelencia, el pueblo de Dios. Son una tribu sagrada, son una *casa*: la Casa de Israel. Las palabras Tribu, Casa, Pueblo, han de santificarse para designarlos.

\* \* \*

Israel es un misterio... y del mismo orden que el misterio del mundo y el misterio de la Iglesia, como que se encuentra a la par de ellos en el centro mismo de la Redención. Con una filosofía de la historia auxiliada por la teología podrá este misterio esclarecerse un tanto, que no completamente, como quiera que nuestras ideas y nuestro conocimiento podrán sondearlo, más nunca abarcarlo en su integridad.

Digamos ante todo que, si San Pablo tiene razón, el *problema judío* carece de solución posible, quiero decir, antes del restablecimiento anunciado por el Apóstol, el cual será como una restauración de muerte a vida. Pretender encontrarle una solución al problema de Israel es querer detener el movimiento del mundo.

Lo que hace que la posición liberal del Siglo XIX, no obstante sus grandes méritos, se muestre débil frente a este problema es cabalmente el haber pretendido resolverlo.

Resolver un problema práctico es poner fin a la discordia y al conflicto, es vencer la contradicción y hacer que reine la paz. Empero, decir que, hablando en absoluto, para el problema de Israel no existe solución posible es aceptar la pugna, es declarar la guerra. Mas existen dos modos de hacer la guerra: brutal el uno, y es la guerra carnal hecha con violencia y que, alentada por el odio, franco o disimulado, prudente o rabioso, persigue el exterminio, el aniquilamiento o la esclavización de los Judíos, forma de guerra propia del mundo y del *animalis homo* contra Israel, forma de guerra *antisemita*; cristiano el otro, y es la lucha espiritual hecha con entendimiento y con caridad y que, inspirada en una compasión de los dolores del Mesías, se encamina a la completa liberación del género humano, forma de guerra propia de la Iglesia y del *spiritualis homo* por la salvación del mundo y por la salvación de Israel. Esa es la posición católica o pauliana, que quiere, además de eso, se adjunte a lo temporal un constante trabajo de inteligencia concreta que, si bien no resuelve definitivamente las antinomias, les busca al menos a cada momento de la duración la manera de hacerlas más soportables y llevaderas.

— II —

Harto difícil sería no pasmarse ante la extraordinaria bajeza de los grandes motivos para la propaganda antisemita. Aquellos que denuncian la conspiración mundial de Israel por la esclavización de las naciones, o el asesinato ritual, o la universal perversidad de los Judíos instigada por el Talmud; o que achacan a la historia judía la causa de todos los males sufridos por el dolocéfalo rubio de ojos azules, característica de esas razas superiores en que por desgracia los ojos negros y los cabellos castaños son muy frecuentes; o que claman estar los judíos unidos como un solo hombre en el propósito de corromper moralmente y de subvertir políticamente a la cristiandad, tal como aparece de una pieza manifiestamente falsa, como es la de los Protocolos de Sion; que en una palabra saben cómo todos los judíos rebosan en oro, y que todo sobre la tierra iría a la maravilla si se acabara de una vez por todas con esa raza inmunda... esos hombres parecen nacidos solamente para atestiguar que es un imposible odiar al pueblo judío y seguir siendo inteligente. (Los tales se asemejan a esos otros que odian a los sacerdotes a causa de los *Monita secreta* de los Jesuítas, o porque,

según opinión muy común en ciertas regiones de los Estados Unidos, los ministros del culto católico tienen el pie en forma de pesuña). A un espíritu verdaderamente reflexivo no se le oculta que tan pasmosa bajeza es en sí misma inquietante y ha de tener su sentido místico: la necedad en demasía confina en el misterio y encubre el instinto profético del obscuro mundo de lo irracional.

La tragedia de Israel es, como ya lo hemos dicho, la tragedia misma de la humanidad, y precisamente por eso la cuestión judía carece de solución posible. Es la tragedia del hombre en su lucha con el mundo y del mundo en su lucha contra Dios. Jacob ensoñador y cojo, cruel exasperador del mundo, sufridor vocinglero de los dolores del mundo, indispensable al mundo e intolerable al mundo, así va el judío errante. Diríase que la persecución israelita es el símbolo de las caídas que padece la humanidad en su tragedia dolorosa, caídas en que el destino —tan cerca estará la calamidad a lo imposible!— parece que se quedara en suspenso y necesitara de nuevos horrores para reemprender su interrumpida marcha. Entre Israel y el mundo, como entre la Iglesia y el mundo, existe una relación sobrehumana. Sólo teniendo en cuenta esos tres términos, se puede formar una idea, siquiera sea enigmática, de este misterio de Israel. El único hilo conductor es, a nuestro modo de ver, una analogía inversa con la Iglesia. Y para intentar el esclarecimiento de un misterio nocturno al resplandor de un misterio matutino, forzoso es emplear en un sentido impropio ideas y vocablos propios de un objeto distinto.

El mismo pensamiento judío tiene consciencia de que Israel es una especie de *Corpus mysticum* (1). El lazo que mantiene la unión de Israel no es solamente el lazo de la carne y de la sangre o de la comunidad ético-histórica; como tampoco es el vínculo de la comunión de los santos el que engendra la unión de la Iglesia en la fe del Dios encarnado y en la posesión de la herencia, sino que es un lazo sagrado y supra-histórico, no de posesión, mas de promesa, no de santidad, mas de nostalgia. A los ojos de un cristiano que recuerde cómo las disposiciones de Dios son indeclinables, el pueblo israelita continúa su misión sagrada: pero en la noche del mundo, que él ha preferido a la de Dios. Con los ojos vendados prosigue la Sinagoga su marcha por el universo de los designios divinos, adivinando a tientas su propio camino a través de la historia.

Reino divino de peregrino y de crucificado, la Iglesia está

(1) Cf. Erich KAHLER, *Israel unter den Völkern*, Humanitas Verlag, Zurich.

en el mundo, sin ser, empero, de este mundo; y mientras más sufrimientos recibe del mundo, mayormente se hace libre del mundo: ya se ha liberado.

Israel, pueblo de Dios que ansiando Reino, lo despreció sin embargo; que, no siendo de este mundo, en él se encuentra, y al mundo se halla atado, y bajo el mundo sometido y por el mundo esclavizado; Israel, en hora de perdición de que aún no ha podido reponerse, se estrelló contra lo Eterno. No sabía él lo que hacía, pero sus jefes sí se daban cuenta de que se decidían contra Dios. En uno de esos actos de libre voluntad que comprometen el destino de toda la colectividad, los sacerdotes de Israel, infieles guardianes de la viña y matadores de profetas, optaron por el mundo con buenas razones de política prudente, ligando con su elección al pueblo todo hasta cuando éste cambie en sí mismo. Crimen de prevaricación clerical, prototipo sin igual de todos los crímenes de su género.

Si la idea del Karma peca al trasladar el castigo del orden moral al puramente físico, la noción occidental del mismo adolece a su vez, muy a menudo, de antropomorfismo jurídico, pues la pena o el castigo no es la arbitraria aplicación de un daño venido de afuera a un cuerpo intacto para vengar la ley, sino que consiste —dentro del mismo orden moral— en el daño que el propio ser se inflige a sí mismo al permitir voluntariamente que su libertad desfallezca; esa consecuencia natural es lo que constituye la vindicta de la ley. La pena es la consecuencia de la falta; nosotros mismos elegimos nuestro castigo. Es horrible caer en manos del Dios vivo, que da a cada cual lo que cada cual en su libertad ha preferido.

Los Judíos amaron y prefirieron este mundo; su pena está, pues, en continuar ligados por su propia elección. Por eso les vemos hoy prisioneros de un mundo que ellos aman, y del cual con todo no son ni pueden ser, al cual nunca pertenecerán.

La Iglesia es universal: se extiende por todas las civilizaciones y por todas las naciones como unidad y comunidad trascendental en que pueden incorporarse todos los individuos y los pueblos todos, cualquiera que sea su origen, para ser hechos de la raza divina, por la sangre vivificadora del hijo de Dios.

El cuerpo místico de Israel, que es un pueblo determinado, cuya base es temporal y que lleva en sí comunidad de sangre y de carne, para extenderse ha tenido que desunirse, quebrarse y dispersarse. La diáspora —iniciada aún antes de la era cristiana— es la correspondencia terrenal y lánguida de la catolicidad de la Iglesia.

El cuerpo místico de Israel es una Iglesia precipitada, no una contra-Iglesia, como que no existe un contra-Dios, ni una

contra-Esposa; es una Iglesia infiel (tal es el verdadero significado de la expresión litúrgica “perfidia judaica”, que en manera alguna indica que los judíos sean pérfidos) (1). El cuerpo místico de Israel es una especie de Iglesia infiel y repudiada (de ahí que Moisés hubiera concedido simbólicamente el “*libellum repudii*”), repudiada como Iglesia, no como pueblo, y siempre esperada por el Esposo que no ha dejado aún de amarla.

\* \* \*

Ella sabe que se la espera, pero lo sabe mal.

La comunión de este cuerpo místico no es la comunión de los santos, sino la comunión en la Esperanza terrenal. Israel espera con vehemencia y con anhelo el advenimiento de Dios a este mundo y el reinado de Dios sobre la tierra. Con una voluntad que sobrepuja a la razón, con una voluntad sobrenatural, con una voluntad eterna, quiere él la justicia en el tiempo, en la naturaleza y en la ciudad. Nada vale para él la sabiduría griega, ni lo que tenga límites, ni la felicidad de las formas. La belleza que él busca, pero ya, en esta vida carnal, es aquella cuyo nombre es inefable.

La fe de Israel es esa fe que, violentando el orden de las cosas, le diera en el acto y de manera sensible la realidad que tanto ansía, y extinguiera el ardoroso deseo que Dios ha puesto en él; fe que muy de veras quisiera él tener, pero que siempre duda tener, pues de otro modo todas las cosas estarían a su disposición. Prueba irrefragable de esta fe tan profundamente judía es toda la filosofía de Chestov. Sólo el día en que Israel lo poseyera todo, podría estar seguro de tener o de haber tenido fe; mientras tanto la duda y la angustia se agitarán en el corazón de la fe judía.

La caridad judía es asimismo una virtud precipitada; con lo cual no quiero, ni por asomo, decir que sea un falso amor porque tanto puede estar como faltar en ella la caridad divina. No es tampoco la piedad luterana ni la piedad eslava: es un amor activo y en ocasiones cruel de la creatura en sí, a la cual se adhiere y atormenta, a la cual aprieta con férrea mano para hacerle sentir mejor toda su desgracia y suspirar por su liberación.

La esperanza terrenal de los judíos es tan grande como corta es la del común de los Cristianos. La gran falla de su comunión mística es la incomprensión y denegación de la cruz, y por tanto de la transfiguración. La aversión a la cruz es esen-

(1) Cf. Erik PETERSON. *Perfidia Judaica*, Ephemerides liturgiae, 1936.

cial al judaísmo en cuanto esta palabra designa la forma espiritual según la cual se separó Israel de su Mesías. Pero en el corazón de todos aquellos judíos en que reside la gracia, al igual de todas las almas de buena fe y de buena voluntad, la maravilla de la cruz se está realizando, aunque a escondidas y contra la voluntad de ellos. A pesar suyo y como en medio de una densa bruma, el judío bueno, el judío en verdad, soporta el suave yugo de la cruz, traicionando con ello, sin saberlo, al judaísmo. Que empiece a darse cuenta de ese misterio del perdón y de la renuncia de sí propio, y ya le tenemos en camino al cristianismo.

Sólo en Jesús y en su cuerpo místico no tiene el demonio participación posible. En Israel, por el contrario, tiene el demonio su parte, del mismo modo que la tiene en el mundo, con la diferencia de que Israel lucha contra él. En esa lucha cabalmente se cifra todo el drama de Israel, pues amando el mundo y conociendo él mejor que nadie sus valores, y estando atado al mundo, entra en pugna contra el príncipe del mundo.

Un doble papel representa Israel respecto del mundo y de la salvación del mismo. Por lo que toca *directamente* con la salud del mundo. Israel es un testigo, ¡y qué clase de testigo!, que guarda el depósito de las escrituras. (Porque no hay que olvidar que la Iglesia se apropió el trabajo de los rabinos y masoretas, para el establecimiento del texto de la Sagrada Escritura, del mismo modo que aprovechó el trabajo de los filósofos, el de Aristóteles particularmente, para su Teología) y que es en sí mismo un archivo viviente e indestructible de las promesas de Dios.

Por lo que *indirectamente* se refiere a la salvación del mundo, Israel cumple una misión sobre la cual conviene particularmente insistir, por ser la clave de muchos enigmas. En tanto que la Iglesia está destinada a realizar la liberación sobrenatural y supra-temporal del mundo, a Israel toca en el orden de la historia temporal y de sus propias finalidades, una obra de *activación terrenal* sobre la masa del mundo. Por eso vemos cómo, sin pertenecer a este mundo, se encuentra en la entraña misma del mundo irritándolo, exasperándolo y moviéndolo, al modo de un cuerpo extraño que, colocado en la masa del mundo, estimulara su historia, sin dejarle reposo, impidiéndole el sueño y enseñándole que, mientras no tenga a Dios, carece del derecho a la quietud y al contento.

La pasión de Israel no es, como la de la Iglesia, una pasión corredentora que venga a completar lo que a los dolores del Salvador falta, sino una pasión de cordero emisario, que, comprometido en el destino del mundo y en sus vías contamina-

das de pecado, viene a sufrir la repercusión de los dolores impuros del mundo, cuando éste, para vengarse de las llagas de su vida, carga contra aquél que aguijonea su historia. De esa suerte Israel viene a sufrir por redundancia la activación que el produce, o que el mundo lo presume destinado a producir.

\* \* \*

Desde el punto de vista de San Pablo, que nos asegura haber Dios encerrado todo en la desobediencia, para hacer misericordia a todos, Judíos y Cristianos representan papeles inversamente correspondientes. Israel fracasó en el orden espiritual y sobrenatural: y cuando por la abertura que su caída produjo haya entrado la plenitud de las naciones, la Iglesia, llegada ya a su tercera edad (1), y jubilosa por el retorno del pueblo de Dios conocerá la plenitud de sus dimensiones terrestres y de su peregrinación heroica.

La falta de los pueblos cristianos pertenece al orden temporal. No hablo, como es natural, de las iniciativas individuales de los santos, sino de las responsabilidades colectivas, de las responsabilidades históricas del común de los cristianos; no hablo de la "dignidad del cristianismo", sino de la "indignidad de los cristianos"; por una especie de indiferencia misteriosa hacia las exigencias del Evangelio referentes a la ciudad terrena y a la historia temporal, la masa colectiva que se apellida cristiana, a fuerza de consentir en injusticias acumuladas de siglo en siglo, ha dejado que las estructuras sociales y políticas del mundo y el cuerpo de la ciudad temporal escapen a la ley vivificadora de Jesucristo, único capaz de salvar entre nosotros el derecho y la dignidad humana.

Y cuando tal proceso histórico se haya cumplido a cabalidad, y el hombre haya dejado su pretensión de salvarse a sí propio y de salvar al mundo entero, es de creer entonces que una nueva reintegración se avecina, en el orden temporal esta vez y en favor de las muchedumbres que buscan su vida lejos de Jesucristo, la cual también será para la civilización terrenal como una restitución de muerte a vida, y en la cual, Israel, una vez reconciliado, tendrá su parte preponderante. ¿No decíamos hace un instante que Israel está encargado de activar la historia del mundo, y que la permanente misión a él confiada, desde que por su culpa se encomendó a otras manos el cuidado del reino de los cielos, es, bajo formas de contraste en que el bien y el mal se entrecruzan, la aceleración del movimiento

(1) Cf. el segundo comentario al *Cantar de los Cantares*, atribuido a Santo Tomás de Aquino.

temporal, la progresión en los negocios mundanos, en vista de la cuenta que a Dios ha de rendir? Comprendamos cuán grande simbolismo se encierra en ese famoso apego de los judíos a los *negocios*, que ha dado lugar a tan fantásticas historias, y en el hecho de que, después del cautiverio babilónico, su ocupación casi exclusiva haya sido el comercio, profesión en que no sólo aventajan a los demás pueblos orientales, sino en la cual encuentran ese estímulo mental que necesitan y una manera de satisfacción *espiritual*. (1)

Contemplemos una vez más la extraña simetría inversa que nos ocupa: del lado de los cristianos, la Iglesia prosigue su divina vocación, y no es el cristianismo sino la cristiandad, el mundo cristiano el que ha fallado —en lo temporal— por no querer atender la palabra de la Iglesia, que al conducir a los hombres hacia la vida eterna, los requiere para que hagan avanzar la vida terrena en el sentido indicado por el Evangelio. Del lado de los Judíos es Israel como Iglesia, es el judaísmo el que ha fallado —en lo espiritual— y es Israel como pueblo siempre escogido, es la judaicidad la que en la historia prosigue su vocación sobrenatural (pero ambigua).

\* \* \*

El cuerpo místico de Israel y su acción en el universo, son, como el mundo y la historia del mundo, realidades bivalentes, siendo de advertir que, conforme dejan comprender las observaciones precedentes, tal bivalencia en el caso de Israel es en extremo pronunciada, cosa natural en todos los ungidos, cuya potencia para el bien o para el mal se encuentra sobrenaturalmente aumentada.

La voluntad de alcanzar lo absoluto puede asumir infinidad de formas: cuando se concreta en lo humano y contingente, o cuando da en el ateísmo, si no en el ideológico al menos en el práctico, puede producir una hipertrofia de la actividad para el manejo de los bienes terrenales y para el enriquecimiento, que encuentra en la civilización capitalista un medio como

(1) "Los Judíos se encuentran en su centro cuando los rodea una atmósfera de riesgo e incerteza iluminada de esperanza... El Judío no renuncia jamás a la esperanza, lo cual le permite adaptarse a las condiciones nuevas. No se deja abatir por la adversidad, en espera siempre de que la situación mejore. Actitud mental de gran valor ante la incertidumbre del comercio..." Arthur RUPPIN, encargado del Curso de Sociología Judía en la Universidad Hebrea de Jerusalén, *Los Judíos en el mundo moderno*, París, Payot, 1934.

preparado de antemano (1); o aquella impaciencia revolucionaria y esa frenética agitación que Bernard Lazare y tantos otros judíos se han complacido en señalar; y cuando enconada por las heridas de los sentidos y por el resquemor, aquel pesimismo ponzoñoso que convierte la amargura y la cólera en instrumentos de descubrimiento singularmente poderosos, y se hace él mismo un alocado detector de toda falsía y de toda ilusión del alma hermosa, del buen orden y de la pura conciencia. Pero lo peor de todo es que, si acomodada a las cosas de la carne tiene algo que ver con las cosas del espíritu, puede engendrar el fariseísmo, el orgullo racial, las ofuscantes sutilezas, las durezas despiadadas, el culto a la letra y el formalismo legal.

Mas cuando se aviene al espíritu, es voluntad que hace germinar la verdadera pureza, la pureza de corazón y de costumbres cuya tradición aún conservan muchas familias Judías; voluntad que produce el ascetismo y la piedad, el amor a la palabra divina y a su refinada exégesis, la rectitud de corazón,

(1) De ningún modo pensamos nosotros que los judíos sean los únicos responsables del advenimiento del capitalismo. R. H. Tawney, J. B. Kraus y A. Fanfani llevaron a su perfección las exageradas tesis de Werner Sombart a este respecto. Pero representaron su papel en este advenimiento, pues en tanto que la economía cristiana de la Edad Media, con su sistema de las Gildas y su prohibición del préstamo a interés, se oponía a sus planes, "el advenimiento del capitalismo —según ha podido afirmarse— ha favorecido los métodos comerciales de los Judíos, comoquiera que la base del sistema capitalista es la búsqueda de la ganancia y la libre competencia". (A. RUPPIN, *Op. Cit.*) "Desde entonces —observa el mismo autor— la usura vino a quedar sustituida por la colocación de los capitales en las empresas comerciales e industriales", y en un capítulo muy interesante demuestra cómo el abandono de la libre competencia, que antes de la guerra se consideraba ser el principio director del sistema capitalista, es un fuerte golpe a la prosperidad económica de los judíos". Cuando el capitalismo degenerado se transforma en capitalismo de Estado, el judío no tiene ya puesto en el comercio ni en la industria, y viene a quedar en una situación análoga a la que tenía a fines de la Edad Media cuando el sistema de las gildas, oficialmente protegido, restringía en detrimento suyo el campo de la libre concurrencia. El nacimiento del capitalismo había mejorado la posición de los judíos, su desaparición lo amenaza de nuevo". —"Das Judentum erreicht seinen Höhepunkt in der Vollendung der bürgerlichen Gesellschaft", escribía Karl Marx en *Zur Judenfrage*.

y esa inocencia sutil y aquella ardiente espiritualidad cuyos incomparables modelos son los místicos Hassidim que nos muestran cómo es la verdadera figura de Israel "cuando Israel ama a Dios"; voluntad que se revela ante todo en el celo por la justicia y en el amor a la verdad, clarísimo signo de ser éste el pueblo elegido. El mismo Señor rindió testimonio al verdadero Israel: *Ecce vere Israelita, in quo dolus non est*. Los verdaderos Israelitas siguen pensando como en tiempos del Salmista y de Isaías: "Qué hermosos son sobre las montañas los pies de aquellos que anuncian la paz. . . Ah! No apartes nunca de mis labios la palabra de verdad!"

*Ven a apagar la sed de tu justicia pura  
Y de ti mismo, Oh Dios! fuente y fin míos!*

Ese amor suyo a la verdad hasta morir por ella, ese su anhelo por la verdad pura, absoluta, inaccesible porque es Aquél cuyo Nombre es inefable, es lo que los mejores Judíos tienen de Israel, y lo que hace que su cantar se transporte de júbilo en medio de la hoguera.

Y para decirlo todo, añadamos que donde mejor se patentiza la bivalencia de Israel y la ambigüedad de su destino, es en el doble centro de atracción, de realidad y de ilusión, que disloca su existencia. Y en la medida en que ha abandonado la realidad en seguimiento de la ficción, el Dinero (éste es uno de los más profundos temas de Bloy, y algunas observaciones de Karl Marx parecen reafirmarlo), el Dinero, falsa divinidad, se ha enseñoreado de él por una suerte de fascinación mística, pues el Dinero es, entre las más pálidas sombras del mundo, la figura más pálida y la menos real del Hijo de Dios: el Dinero es la sangre del pobre, decía León Bloy, —la sangre del pobre convertida en signo; pues mediante ese signo y con los signos de ese signo, el hombre tiene a su disposición una potencia omnímoda e inerte que complace todos sus caprichos, llevándolo así a una especie de teocracia cínica, última tentación religiosa de quien rechaza la realidad del don de Dios.

Pero en cuanto continúa siendo objeto de amor y de promesas inmutables, hay para Israel otro centro de atracción, que es la justicia de Dios, según acabamos de decirlo, la justicia de Dios que ha de manifestarse aquí sobre la tierra, —centro éste sí real, no ya ilusorio;—allí donde otros dirían "sabio", "santo", Israel dice "justo". Es la esperanza terrenal y es la pobreza. Ningún pueblo, mejor que él, sabe ser pobre y, aunque no la ame, sino que, por el contrario, la deteste, conoce muy bien la fuerza fecunda de la pobreza. Es en los ríos de Babilonia

nia el gemido por la Jerusalén de la justicia, es el clamor de los profetas, es la expectativa anhelante y el deseo incoercible de la terrible gloria de Dios.

En medio de tanta complejidad y en tan violenta discrepancia de caracteres típicos y de simpatía, habrá desde luego mucho de qué ensalzar y mucho de qué vilipendiar a Israel. Pretextos no faltan a quienes quieren odiar a un pueblo, tanto menos cuanto más singular sea su misión y cuanto más contrastante sea su psicología. Desfachatez, ostentación, volubilidad, amor propio, son defectos suyos que, con muchos otros y con aquel su sentido como artístico para el logro personal y su aspersione en gritos cuando se lesiona su interés, contribuyen a hacer irritante a este pueblo de la dura cerviz. Por lo general los judíos son más inteligentes y más listos que los gentiles, circunstancia que saben explotar para alcanzar los mejores puestos, sin cuidar de hacerse perdonar sus triunfos. El préstamo a interés, la usura y multitud de gestiones y negocios intermedios, que no son ellos, claro está, los únicos en practicar, pero cuyos más íntimos secretos una costumbre hereditaria les ha revelado, haciéndolos invencibles, no son precisamente funciones que les conquisten la simpatía de las gentes, tan ansiosas pero no tan hábiles como ellos en el lucro. Se tornan corrompidos cuando logran escalar las altas esferas de la cultura para adorar los ídolos de las naciones. Y como suele suceder en las demás familias espirituales, no siempre son los mejores de ellos los que figuran en la escena política y en el tinglado de la publicidad.

Incontables son, pues, los pretextos de animosidad contra los Judíos, pero todos inictos si con ellos se pretende justificar el odio y las medidas de excepción contra su pueblo. Que si los hombres no pudieran convivir en sosiego sino a condición de no tener quejas los unos de los otros, las provincias todas de un país arderían en constante guerra.

Y los judíos tienen más grandes cualidades que grandes defectos. Aquellos que los hayan tratado lo suficiente para granjearse su intimidad pueden apreciar de cuán incomparable valor es la bondad judía; que cuando un judío es bueno, tan acrisolada y profunda es su bondad como rara vez se la encuentra en los otros pueblos, a quienes su verdor juvenil no ha permitido aún madurarse en el dolor; y saben de cuánto es capaz el alma judía en las virtudes de humanidad, generosidad y amistad; Peguy ha celebrado estas amistades judías; es en los judíos en quienes se encuentran los más admirables ejemplos de esa inclinación a dar lo que se tiene, o por lo menos tanto de la caridad cuanto del hecho de considerarse sin fronte-

ras ni defensa. Largos años hace que caracteriza las costumbres de los judíos un alto sentido de la pureza de familia, con todas las virtudes que constituyen su séquito (1). Finalmente tiene el pueblo judío la virtud humana por excelencia, la paciencia en el trabajo; y el inquebrantable afecto a la independencia y a la libertad, el fulgor de entendimiento, la viveza de intuición y de abstracción, y la facultad de apasionarse y sacrificarse por las ideas. Si es verdad lo que Psiquiari decía de cómo Dios prefiere el pecado a la animalidad, nada de extraño hay en la predilección que Dios muestra hacia los judíos (y hacia los franceses). Con un judío no hay tedio: su nostalgia, su dinamismo, el candor de sus delicadezas, su generosidad y el conocimiento suyo de la miseria, son raros tónicos del espíritu. Ahora recuerdo con qué alegría, en una gran ciudad de los Estados Unidos después de las conferencias y pláticas universitarias, me dirigía yo, un *goi*, a casa de los judíos para anegarme en ese pathos infatigable y en ese constante ir y venir de ideas y de manos, que me hacía evocar el doloroso afinamiento que su inteligencia y su alma han tenido a través de muchos siglos.

Pero lo que ante todo conviene destacar es cómo bajo cualesquiera que sean las causas que el observador atribuya al antisemitismo (2), desde la malquerencia al extranjero, natural en todo grupo humano, y los inconvenientes sociales que ciertas inmigraciones pueden traer consigo, hasta los cargos que arriba hemos indicado, (3) se oculta siempre una más profun-

(1) Este sentido de la pureza de familia está ya desapareciendo entre los judíos. Ellos, que fincaban orgullo en lo numeroso de sus descendencias, han seguido el movimiento general de limitación de los nacimientos y en ciertos países (en el centro de Europa especialmente) lo han llevado más allá que los no-judíos.

(2) En la ya citada obra de Arthur Ruppín se encontrará un excelente análisis de tales causas.

(3) En algunos países el antisemitismo, de aspecto menos salvaje que el de los racistas alemanes, pero siempre guiado por prejuicios y pasiones, invoca para la implantación de leyes de excepción contra los judíos: el hecho de ejercer ellos por su prensa y sus publicaciones una influencia inmoral; el dedicarse a actividades políticas delictuosas, al acaparamiento, a la usura, a la trata de blancas, etc. o simplemente porque ellos se han apoderado de gran número de profesiones lucrativas.

Tal argumentación carece de valor. En primer lugar —por lo que hace al acaparamiento de las profesiones lucrativas— es claro que los Judíos, so pena de morir de hambre, tendrán que ganarse

de raíz de odio. El mundo odia a los Judíos porque éstos siempre le serán *sobrenaturalmente* extraños; porque detesta su pasión a lo absoluto y el intolerable estímulo que ella le infunde. Lo que el mundo maldice en Israel es su vocación a lo absoluto; y sus execraciones pueden dirigirse o bien contra la raza misma que lleva la vocación (antisemitismo racial de los grupos de mentalidad primitiva) o contra las formas que encarnan y ocultan esa vocación (antisemitismo de los grupos de mentalidad más desarrollada)— pero en realidad es una sola y misma execración contra la vocación, el *Odium generis humani*. Odiados del mundo, esa es su gloria, como también lo es de los cristianos, que viven en la fe: con la diferencia de que los cristianos han vencido al mundo, en tanto que los judíos no lo han vencido aún (por eso el judío que se convierte obtiene una doble victoria: su pueblo triunfa en él). Desgraciado el judío que agrada, como desgraciado es también el cristiano que agrada. Tiempos vendrán quizá en que, como ya ha acontecido en algunas naciones, considerándose sus testimo-

la vida en algún oficio, y, como es natural, la mayoría de ellos se dedicará a aquellos oficios que mejor les avengan. Pero allí donde la irritación natural contra los competidores triunfantes sería excusable, dentro de la moderación, surge el odio del clan. Y lo que al final de cuentas viene a negarse a los judíos es el derecho a la vida.

No desconocemos nosotros los problemas especiales de la inmigración, ni las inmensas dificultades económicas de la hora presente. Pero afirmamos sí: 1º.—Que éstas no se resuelven satisfactoriamente con la expulsión de los judíos, sino con la transformación de las estructuras sociales y económicas que son su causa; el antisemitismo desvía miserablemente a los hombres del verdadero esfuerzo que los tiempos les imponen; 2º.—Que respecto a los problemas originados por ciertas condiciones históricas peculiares, como la existencia en gran proporción de una población recientemente inmigrada, pueden concluirse acuerdos concretos (preludio de los entendimientos "pluralistas" de que más adelante trataremos), los cuales se harían con ciertas condiciones, y con un porcentaje de emigración libremente consentido, acuerdos que se celebrarían con la minoría judía nacional. Pero es claro que tales entendimientos exigen un espíritu de colaboración y de armonía, esto es, implican **la desaparición de toda pasión antisemita** y las pasiones de rencor y represalias que ésta suscita del otro lado. El antisemitismo es un obstáculo cardinal para la solución de esta clase de problemas.

En segundo lugar, hay en estas maneras de hablar el peligro

nios como igualmente peligrosos, sean ambos odiados y perseguidos por igual; y unidos en la persecución reducidos conjuntamente a sus fuentes.

La *instalación* pierde al judío. Entiendo por instalación el fenómeno de orden espiritual consistente en la extinción de su inquietud estimuladora y en la quiebra de su vocación. La *asimilación*, en cambio, constituye un problema de orden completamente distinto: no es espiritual, sino político y social. De ahí que un judío puede haberse "asimilado", sin que se haya, empero, "instalado". Aunque la asimilación no resuelva el problema israelita, como tampoco lo resuelven el sionismo ni el yiddishismo, sí puede ella constituir, lo mismo que aquél y lo mismo que el autonomismo, un *modus vivendi*, una solución provisional buena y deseable en la medida en que sea ella posible, solución ésta que ya se había practicado ampliamente en los períodos helénico e hispano-arábigo. Pero queda el peligro, común también al sionismo (en forma de Estado), de que los judíos se instalen, esto es, se vuelvan *como los demás* en

de incurrir en los peores sofismas, si no se pone gran cuidado en evitarlos. "Los judíos", dice la argumentación antisemita, cometen tales y cuales actos delictuosos. Como si pudieran atribuirse a toda una colectividad las faltas que algunos de sus miembros cometen! Si algunas plagas sociales, como la usura, son, en ciertos países, gracias a peculiares condiciones históricas, imputables a los judíos, no sucede lo mismo con otros azotes sociales que la argumentación antisemita achaca también a los judíos, como la trata de blancas, la pornografía, etc. en las cuales los no-judíos, a veces en número muy superior, se muestran excelentes competidores. Esto sin hablar de muchos otros azotes sociales, como el alcoholismo, el aborto, el infanticidio, los crímenes a mano armada, etc., en los cuales aquellos siempre eclipsan a los judíos. Pero no son "los judíos" sino "*algunos judíos*" los que hacen el mal, como tampoco son "todos los no-judíos, sino "*algunos no-judíos*" los que lo obran. ¿Con qué objeto ha de mancillarse la conciencia, desconociéndoles a los judíos las más elementales reglas de derecho y aún la misma existencia? El único medio eficaz con que cuenta el cuerpo social para extirpar los males de que hablamos consiste en reprimir, por medio de una legislación draconiana, si es preciso, el delito y el abuso, cualquiera que sea el culpable. Pero el remedio no está en castigar a un sinnúmero de inocentes por delitos que algunos de sus hermanos —y otros que no son sus hermanos— cometieron, delitos que, aun exterminando a todos los judíos, siempre encontrarían agentes.

Finalmente, en cuanto a la propaganda de ideas falsas y de

el orden espiritual, que pierdan la vocación de la casa de Israel. Y es entonces cuando les castiga Dios valiéndose aún de los más viles instrumentos. Nunca se había realizado asimilación tan completa como la de los judíos alemanes; íntimamente vinculados estaban ellos a la cultura alemana, como que era en parte una obra suya; germanizados hasta la medula, lo que no los hacía ni más discretos ni más humildes; pero no solamente asimilados estaban, sino también instalados, y preocupados por agradar, y reconciliados con el príncipe del mundo. Cuando los judíos se vuelven como los demás se hacen peores que los demás. (Nunca es tan distinto un judío a los demás como cuando recibe la gracia cristiana: ha encontrado a su *Me-sías*).

\* \* \*

Ya hemos hecho referencia a la suma necedad de los mitos antisemitas y hemos advertido también cómo ni aún esa misma *stultitia* deja de tener su oculta significación. Porque, en efecto, el odio a los judíos y el odio a los cristianos reconocen una misma causa: es que el mundo los rechaza a ambos, porque *el mundo no quiere ser estimulado* ni por los sufrimientos de Adán, ni por las llagas del Mesías; ni por el aguijón de Israel en su peregrinación a través de las edades; ni por la cruz de Jesús en su marcha hacia la vida eterna. El mundo quiere que lo dejen ser tal como es; no experimenta la necesidad de la gracia ni de la transfiguración; cree poderse santificar dentro de su propia naturaleza. La esperanza del mundo no es la esperanza cristiana en Dios Providencia indefectible, ni la esperanza judía en Dios Rey sobre la tierra, sino la esperanza en la vida animal fuerza fecunda, que en cierto modo se hace sagrada y demoníaca cuando se apodera del sér humano que se cree engañado por los mensajeros de lo absoluto.

El telurismo racista es antisemita y es anticristiano. El ateísmo comunista no es antisemita, porque le basta estar uni-

erradas máximas morales, ojalá fueran los judíos (*algunos judíos*) los únicos en hacerla. Pero, ay!, desgraciadamente, como se sabe, ello no es así: en rigor de verdad la obra de los no-judíos es en este respecto mucho mayor que la de los judíos. Y como lo demuestra muy bien la historia, sólo mediante un esfuerzo positivo de las energías espirituales de un país puede lograr éste dominar y reabsorber el error, mas nunca el exterminio de masas de población podrá salvar de manera feliz las crisis que la Divina Providencia le permite atravesar.

versalmente en contra de Dios (1). Así en el uno como en el otro asoma idéntico naturalismo absoluto e idéntica abominación de todo lo santo y de todo lo trascendental. Muchas han sido ya las constricciones de Dios; que vengan ahora las constricciones de los hombres; veamos si ellas son más suaves. No más moral de esclavos, de débiles, de adoloridos, de impotentes disfrazados de misericordiosos; veamos si la moral de la sangre o la moral del sudor son morales de hombres libres. Es que se inicia ya el florecimiento heroico de la vida mística del mundo, que necesariamente impone el rechazo de todo *corpus mysticum* distinto.

¡Pero qué! En tal forma los ha intoxicado la historia de judeo-cristianismo que con ello no pueden menos de pretender la salvación del mundo. Y tan, deudores son del Antiguo Testamento los racistas, como lo son del Nuevo Testamento los comunistas; porque de la Sagrada Escritura tomaron los primeros, corrompiéndola, aquella idea de una raza predestinada, de un pueblo de Dios; y del Nuevo Testamento recibieron los segundos, desnaturalizándola, esa idea de una liberación universal y de una confraternidad humana.

\* \* \*

Hermano del judío en el odio del mundo, desterrado como él en este mundo, injertado en lugar de él en el olivo de Judá, pero, a diferencia de él, participe en el cuerpo místico del Mesías vencedor del mundo, el cristianismo, solamente el cristia-

(1) El régimen soviético se ufana de condenar radicalmente el antisemitismo. Con todo, en el orden religioso el judaísmo ha sufrido en Rusia tanto como el cristianismo, presentando menor resistencia que éste a la labor antireligiosa. En aquellas regiones en que hace unos veinte años el judaísmo contaba con un sólido baluarte, la religión judía está próxima a desaparecer.

En el orden económico, como la mayoría de los judíos, un 90% vive en Rusia del comercio, de las industrias y de las pequeñas ocupaciones, "las medidas adoptadas por el gobierno soviético en contra del libre comercio y del artesanado, han afectado más duramente a los judíos que a los no judíos... El único beneficio que han obtenido es de orden civil, comoquiera que se les ha reconocido la igualdad y el libre acceso a las escuelas y universidades, y el gobierno no ha dejado de combatir enérgicamente el antisemitismo". (A. RUPPIN, Op. Cit.)

El fascismo italiano se ha salvado del antisemitismo, y ha dado a los judíos un estatuto notoriamente liberal, pero ciertos indicios dejan traslucir una nueva tendencia al antisemitismo político.

nismo alcanza a comprender la verdadera magnitud de la tragedia judía, y es el cristiano quien ha de mirar con piedad, y con sobresalto por sí mismo, a los hombres que viven semejante tragedia. Judío y cristiano dialogan entre sí desde sus puestos extremos: si tanto el uno como el otro son piadosos y buenos en verdad, si buscan una mutua comprensión, ambos se alegrarán de encontrarse en los dominios del príncipe del mundo y de acompañarse en el camino de Iehovah.

Las presentes reflexiones, que perseguían en cierto modo explicar lo patético de la situación judía, nos sirven quizá para comprender cómo este pueblo, si bien por una parte manifiesta bajo formas contrastantes un mesianismo materializado, fase oscura de su vocación a lo absoluto, es por otra, muy a menudo contra su querer, una prueba viviente que con ardor, inteligencia y dinamismo admirables demuestra la existencia de lo sobrenatural en el seno de la historia humana. De ahí que necesariamente haya tensión y estallen fatalmente conflictos entre Israel y las naciones.

Y erran a fuer de ilusos quienes crean que tal tensión puede desaparecer (a lo menos antes del cumplimiento de las profecías). Villanía es, propia del hombre animal —ya sea árabe y descendiente como él de Sem, ya sea eslavo o latino o alemán... — (y ruindad de que sólo el cristianismo, a condición de ser realmente vivido, puede librar a los pueblos), el pretender zanjar la cuestión mediante la violencia antisemita francamente perseguidora o políticamente moderada. La única actitud legítima es la de quien, aceptando el estado de tensión, lo afronta, no con odio, sino con el ánimo de conciliación que el amor exige de cada uno, si es que realmente se quiere llegar a un rápido acuerdo que permita a ambos adversarios hacer su camino codo con codo, inspirándose siempre en el convencimiento de que "todos han pecado y todos necesitan de Dios", *omnes quidem peccaverunt, et egent gloria Dei*. "La historia de los judíos, decía León Bloy, estorba en su curso a la historia del género humano, como retiene el dique la corriente de un río para levantar su nivel (1)."

La irreductible tensión de que aquí se trata, se manifiesta bajo dos formas bien distintas: en un plano espiritual y en

(1) León Bloy, *La Salvación por los Judíos*. Entre las contribuciones católicas al estudio de la cuestión de Israel citemos también el ya mencionado ensayo de Erik PETERSON, *El Misterio de los Judíos y de los Gentiles en la Iglesia*; Louis MASSIGNON, *Pro Psalms* (Revista Judía); Juan de MENASCE, *Situación del Sionismo y Cuando Israel ama a Dios*. (El Rosal de Oro); R. P. A. Joivo

un plano temporal. En el primero, es el drama de amor entre Israel y su Dios, que hace a las naciones participantes en la economía de la salvación, y que no es más que uno de los elementos del misterio universal de la redención, el cual sólo tendrá un desenlace: la reconciliación entre la Sinagoga y la Iglesia. En el segundo, si bien es verdad que antes del cumplimiento de las profecías no existe para la cuestión de Israel una solución propiamente tal, esto es, definitiva, sí existen al menos soluciones particulares, avenimientos particulares cuya búsqueda es lo propio de la sabiduría política y cuyo intento corresponde a las diversas edades de la historia.

La Edad Media ensayó una solución de carácter sacramental que cuadraba muy bien con la civilización de entonces, y que, fundándose en la idea de que Israel había de soportar un castigo divino, daba a los Judíos un estatuto de extranjeros en la ciudad cristiana. Esta solución del Ghetto (1) era dura en sí misma, y si se quiere injusta y cruel en su aplicación, pero en todo caso se inspiraba en una elevada concepción, sin duda alguna superior al bárbaro materialismo de la legislación nazi que en nuestros días impera en Alemania; de orden religioso, y en modo alguno racial, reconocía los privilegios del alma, por lo cual el judío que se bautizaba entraba de pleno derecho en el convivium de la ciudad cristiana. Tal solución pasó ya a la historia con el tipo de civilización a que correspondía.

La emancipación que la Revolución Francesa alcanzó en favor de los Judíos es un hecho que los pueblos, si no quieren renegar de la civilización, han de considerar como cumplido. Mas si tal solución era justa en sí misma (como que obedecía a una aspiración en realidad cristiana), las esperanzas que la

(1) El mismo ghetto no se hizo obligatorio sino en los siglos catorce y quince. Empleamos esta palabra como símbolo de una concepción político-jurídica. Véase al respecto al P. BROWE, S. J. *Die Judengesetzgebung Justinians* (Analecta gregoriana, VIII. Roma, 1935). Sobre las controversias doctrinales y las apologías medievales, véase la importante obra de A. LUKYN WILLIAMS, *Adversus Judaeos (A Bird's eye View of Christian Apologiae until the Renaissance)*, 1935, Cambridge, University Press.

seph BONSIRVEN, *Sobre las ruínas del Templo; Judíos y Cristianismo*; las páginas publicadas en *Die Erfüllung* (1937) bajo el título *Die Kirche Christi und die Judenfrage* y firmadas por varios profesores y escritores católicos; y los periódicos siguientes: *La Cuestión de Israel* (Boletín publicado por los Padres de Nuestra Señora de Sion); *La Justa Palabra* (París); *Die Erfüllung* (Viena).

ideología racionalista y optimista burguesa, olvidadiza del misterio de Israel, como de toda realidad supra-individual, y usurpadora del en sí muy noble título de liberalismo, se forjaba para resolver el problema judío, bien pronto iban a mostrarse enteramente fallidas.

Diríase que entramos a una época en que se impone la necesidad de intentar una solución fundamentalmente distinta a la que ensayó la Edad Media, pero que le correspondiera analógicamente, de suerte que se *temporalizara*, por así decirlo, y se adaptara a nuestra "profana" civilización este problema que la Edad Media consideró desde un punto de vista sacramental. El régimen que nosotros propugnamos puede decirse en dos palabras que se caracteriza como *pluralista* y *personalista* a la vez, y que lejos de convenir solamente al caso particular de Israel, armoniza perfectamente, a nuestro modo de ver, con los lineamientos generales del tipo ideal de civilización que históricamente corresponde a nuestra edad. (1) A juicio nuestro —en vez de la burda parodia que de la Edad Media hace el régimen hitlerista— debería adoptarse un pluralismo que, fundándose en la dignidad de las personas humanas y sobre la base de una completa igualdad en los derechos civiles y de un efectivo respeto a la libertad de la persona, así en la vida individual como en la social, reconociera a las diversas familias que forman parte en el convivium de la ciudad temporal un estatuto ético-jurídico destinado a dirimir las denominadas cuestiones mixtas (esto es, que tanto miran a lo espiritual como a lo temporal), pluralismo que representaría, entre otras ventajas, para las naciones que fueran capaces de tal tipo de civilización, una tentativa de reglamentación orgánica de la cuestión judía que es la que mejor se adapta a nuestro clima histórico. Así, por medio de acuerdos directos celebrados con la comunidad espiritual judía, institucionalmente reconocida, se daría solución a cuestiones que interesan por igual a esa comunidad y al bien de la ciudad (2).

El pluralismo de que hablamos aquí hace referencia a las *familias espirituales* que viven reunidas dentro de una misma

(1) Cf. nuestra obra *Humanismo integral*.

(2) Es claro que en esta materia, en que está de por medio la convivencia temporal y político-social de diversas familias espirituales dentro de la ciudad temporal, lo que ha de diferenciar los estatutos en cuestión no es lo *racial*, sino lo *espiritual*. Por la conversión al catolicismo o al protestantismo, un judío abandonaría el estatuto jurídico de la familia espiritual judía, lo cual no quiere decir que abandonara a Israel y perdiera su vocación (en realco

ciudad. Igual régimen de organización, en que, adoptando la expresión de Aristóteles, el criterio de orden sería *político* y no *despótico*, podría y debería aplicarse también a las numerosas *comunidades nacionales* que en ciertos países viven reunidas dentro de una misma ciudad política (o Estado); solución que cada día se hace más urgente, dada la espantosa situación que actualmente padecen muchas minorías nacionales. Pero *familia espiritual* y *comunidad nacional* no son una misma cosa: se forma parte de una familia espiritual por voluntad propia, en tanto que se pertenece a una comunidad nacional por naturaleza (aunque jurídicamente pueda renunciarse). El régimen pluralista de las familias espirituales se amolda no solamente al convivium político en el Estado, sino también al "ajustamiento" y aún a la total *asimilación* nacional; al paso que el régimen pluralista de las comunidades o minorías nacionales implica forzosamente la renuncia a la *asimilación* (aunque no se oponga en manera alguna al convivium político en el Estado). Viniendo ahora a los Judíos, es claro que en los países en que exista una comunidad o minoría nacional judía sobrevendría una inevitable complicación, a causa de la distinción que habra de hacerse entre comunidad nacional judía y familia espiritual judía; porque puede darse el caso de que un individuo no judío se convierta al judaísmo, o que un individuo de nacionalidad judía sea cristiano o librepensador. Pues para subvenir a las dificultades y conflictos que se presenten en tales países, lo que parece más indicado es que se acuda a la comunidad nacional judía, pues, por tratarse de asuntos de orden puramente temporal, a ésta toca, y no a la comunidad espiritual, ir hallando los entendimientos necesarios para salvarlos a medida que se vayan presentando. Tales complicaciones son los gajes naturales de toda concepción

dad se hace israelita cumplido), como tampoco perdería el estatuto jurídico que, en los países en donde existe una comunidad nacional judía, se aplica a los asuntos de orden estrictamente temporal que incumben a esta comunidad nacional.

En inversamente: siendo la patria sionista o el eventual Estado judío de Palestina de tipo profano, fundado sobre la nacionalidad, no sobre la religión israelita, lo lógico es que permita a los judíos bautizados el goce de su plena libertad religiosa y se les permita fundar sus colonias. Se sabe que en 1933 la "Asociación de Hebreos cristianos", cuya sede es Londres, y que se compone de judíos convertidos, ha adquirido territorios al sur de Palestina, con el fin de establecer colonias agrícolas para los judíos bautizados. (A. RUPPIN, *op. cit.*, p. 16).

orgánica de la vida social. Por de contado, en caso de conflicto de derechos, entre el estatuto de la familia espiritual y el estatuto de la comunidad nacional, es el primero el que ha de considerarse como preponderante.

En cuanto a la patria sionista, o futuro Estado judío de Palestina, es muy de temer que, aún suponiéndosele mucho más extenso de lo que actualmente pueda serlo, no alcance a recoger a todos aquellos judíos que huyan de los países en que la saña antisemita se encona. No es éste el lugar adecuado para el estudio del problema del sionismo, cuestión que no puede en manera alguna ser indiferente para quien tenga espíritu sensible al cumplimiento de las profecías. Destinado tal vez a ser algún día el centro animador de toda la judaicidad dispersa, el sionismo cobra a nuestros ojos un valor de primer orden. Mas no es todavía la liberación del exilio; el retorno a Palestina no es más que el preludio de tal liberación. El Estado sionista no puede, como no pueden tampoco el liberalismo individualista ni el régimen pluralista de que acabamos de hablar, abolir la ley del desierto y del Galuth, la cual no es absolutamente consustancial al pueblo judío, pues que tendrá su término, pero que es esencial al cuerpo místico de Israel y a su vocación mientras dure el estado de separación.

\* \* \*

Sólo obedeciendo al espíritu del mundo, y no al espíritu del cristianismo, pueden algunos cristianos ser antisemitas. El antisemitismo aparece, desde el punto de vista de su caracterización moral en las perspectivas católicas y cuando se propaga entre los que se dicen seguidores de Jesucristo, como fenómeno patológico que revela una alteración de la consciencia cristiana (1) al hacerse incapaz de afrontar las propias responsabilidades en la historia y de guardar fidelidad mientras viva a las elevadas exigencias de la verdad cristiana. Entonces, en lugar de ver en las pruebas y desventuras de la historia la visita de Dios, y en vez de emprender las obras de justicia y de caridad que las mismas imponen, se abaja sobre la tierra tomando como sofismas de distracción a toda una raza, sofisma al cual da visos de verdad con pretextos particulares más o menos fundados; y dando libre curso a sentimientos de odio que cree justificados por la religión, se busca a sí misma alguna disculpa.

A decir verdad, se trata aquí de un *acto frustrado* colectivo,

(1) No se olvide que el antisemitismo ha sido condenado por la Iglesia católica (Cf. el Decreto del Santo Oficio del 25 de diciembre de 1928; citado en *Die Erfüllung*, junio de 1936).

o del sucedáneo de una obscura e inconsciente pasión anticlerical, y hasta de cierto resentimiento contra Dios; pues a pesar de todo, y por más que se quiera, el pueblo de Israel es pueblo sacerdotal; el judío malo es una especie de sacerdote malo, sobre quien no consiente Dios se ponga mano impía. Y aún antes de reconocer al Cristo, el verdadero israelita, aquel en quien no hay dolo, lleva en virtud de una promesa indestructible el signo del Mesías.

Para un cristiano no puede ser cosa de poco momento el odiar o despreciar, o el querer tratar de manera humillante a la raza de donde salieron su Dios y la Madre inmaculada de su Dios. De ahí que el amargo afán de antisemitismo viene a convertirse siempre en un afán de anticristianismo.

“Imaginad, escribía León Bloy, que algunas personas hablasen continuamente en vuestra presencia de vuestro padre y de vuestra madre con el mayor de los desprecios y que no tuvieran para con ellos sino injurias y ultrajantes sarcasmos; ¿cuáles serían vuestros sentimientos? Pues bien, eso mismo es lo que acontece con Nuestro Señor Jesucristo. Se olvida, o mejor, se quiere olvidar que nuestro Dios hecho hombre es un judío, el judío por excelencia, el León de Judá; que su Madre es una judía, la flor de la raza judía; que los apóstoles fueren judíos, lo mismo que todos los profetas; y finalmente que toda nuestra liturgia sagrada está inspirada en los libros judíos. ¿Cómo, pues, expresar la enormidad del ultraje y de la blasfemia que el vilipendio de la raza judía constituye?”

JACQUES MARITAIN

TRADUJO:

TOMAS LOMBO B.

Colegial, bibliotecario y estudiante  
de Jurisprudencia en este Colegio  
Real Mayor



Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico